
Cultura, creatividad y gobernabilidad

✉ Lourdes Arizpe *

Decía Ilya Prigogine, Premio Nobel y miembro de la Comisión Mundial de Naciones Unidas para la Cultura y el Desarrollo, que el siglo XX ha transformado a “un mundo finito de verdades en un mundo de infinita duda e incertidumbre” (Prigogine, 1995:4). Para aprender a vivir con la incertidumbre, a mi juicio, es necesario cultivar la creatividad humana –y recuperar el sentido original de “cultura” en tanto que acción de cultivar– para que los individuos, las comunidades y las sociedades puedan adaptarse con imaginación y capacidad de innovación a la nueva era global.

La Comisión de Cultura y Desarrollo, en su informe *Nuestra Diversidad Creativa*, no se refiere exclusivamente a la creatividad necesaria para la producción individual de un objeto al que se atribuye un valor estético (un objeto de arte) sino a la creatividad necesaria para inventar nuevas formas de organizarse en sociedad y crear nuevos sentidos. Tampoco debemos idealizar a las culturas, pues sabemos que la creatividad está circunscrita a una sociedad con determinadas instituciones, valores y limitaciones políticas¹.

Una revolución cultural

El poder vivir, a toda conciencia, un cambio civilizatorio, como lo llamaría Darcy Ribeiro, en este filo del milenio, nos otorga la prerrogativa de comprender-

* Vicepresidente del Consejo Internacional de Ciencias Sociales e investigadora en la Universidad Nacional Autónoma de México. Egresada de la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México (Maestría) y de la Escuela de Economía de Londres (Ph.D), fue Subdirectora General para la cultura de la UNESCO, miembro de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo y Presidente de la Unión Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas.

lo y, por ende, de forjarlo, quizás como nunca antes en la historia de la humanidad. Esta conciencia forma parte de lo que muchos autores marcan como la nueva reflexividad que será la característica de la civilización del tercer milenio. Esto es, el desarrollo de la capacidad de analizar la variedad de opciones que nos ofrecen la comunicación global y el comercio mundial para construir vidas individuales y colectivas nuevas.

¿Cuál será la materia de esta reflexividad? ¿Con qué vamos a pensar en nuevas formas de ser sujetos de la democracia, interlocutores de otras regiones del mundo y socios de un desarrollo latinoamericano y caribeño compartido? Con la cultura. Ello explica la importancia cada vez mayor que adquiere la cultura en el debate sobre el desarrollo. Lo ha afirmado con toda claridad el Presidente Fernando Henrique Cardoso al decir que “la revolución necesaria (para enfrentar los retos de la globalización y de la gobernabilidad) –y creo que ya marcha en varias partes, fragmentaria, confusamente– es una revolución cultural” (Cardoso, 1998:1).

Por esta razón, el Plan de Acción de la Conferencia Intergubernamental de Políticas Culturales en Estocolmo, Suecia, en marzo de 1998, hizo hincapié en la necesidad de ampliar el marco de acción de las políticas culturales, tanto en su contenido como en su ámbito de acción nacional e internacional. Más recientemente, en la Conferencia General de Naciones Unidas, en noviembre de 1998, treinta y cinco Ministros de Cultura se pronunciaron por proteger la diversidad cultural en un mundo globalizado, asegurando que los bienes con contenido cultural obtengan un trato especial en el mercado internacional.

En efecto, en todos los campos del desarrollo vemos cómo se reconoce ahora la importancia de la cultura. Entre ellos, en relación con las ventajas comparativas en el mercado internacional, la equidad, el capital social, los niveles educativos y la capacitación; para consolidar las formas de cooperación de las culturas tradicionales o nuevas para proyectos de desarrollo, en especial, en marcos regionales; y para alentar el pluralismo lingüístico y cultural en las nuevas telecomunicaciones y redes electrónicas. En la Conferencia de Estocolmo hice destacar el hecho de que, para salir adelante en relación con todos estos procesos, se requiere, principalmente, libertad para crear. Para crear nuevos acuerdos regionales e internacionales, para crear nuevas instituciones de gobernabilidad y de convivencia en las que intervenga de manera central la cultura, para volver a organizar las identidades en un mundo de democracia y de comunicaciones instantáneas.

La Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, en su informe *Nuestra Diversidad Creativa*, había llamado la atención sobre el hecho de que es el desarrollo el que se inscribe en la cultura y no al contrario. En el mismo sentido, Enrique Iglesias, en su intervención en la Conferencia General de la Unesco, señaló con claridad la importancia de abordar la cultura para resolver la gran asignatura pendiente del cambio económico en América Latina y el Caribe. Se trata de una reforma social que requiere de altos niveles de educación y capacitación que inci-

dan en la productividad y en mejorar la equidad social en la región. En diversas ocasiones, Enrique Iglesias ha subrayado el potencial de la cultura para fortalecer la solidaridad y aumentar la autoestima en cuanto a las identidades.

Las identidades, sin embargo, y aquí concuerdo plenamente con Néstor García Canclini, se construyen en cada época histórica. No podemos hoy abordar las nuevas circunstancias con identidades de ayer. Son muchos y muy variados los ámbitos culturales en los que, hoy en día, se reconstruyen las identidades. En última instancia, nuestras identidades habitan en el patrimonio cultural.

Así lo expresa, magistralmente, Carlos Fuentes, en una cita que incluyó Enrique Iglesias en su intervención en la Unesco: “Alucinados por el progreso, creímos que avanzar era olvidar, dejar atrás las manifestaciones de lo mejor que hemos hecho, la cultura riquísima de un continente indio, europeo, negro, mestizo, mulato, cuya creatividad aún no encuentra equivalencia económica, cuya continuidad aún no encuentra correspondencia política” (Fuentes, 1997:1).

La conciencia, cuidado y cooperación con los que abordemos el patrimonio cultural, por tanto, tendrá repercusión en muchos otros ámbitos. Se ha convertido en el campo de prueba de nuevas formas de organizar las identidades, así como de forjar mecanismos de cooperación entre el Estado y los agentes del desarrollo, como son la sociedad civil, las fundaciones culturales, los bancos internacionales, y las organizaciones no gubernamentales. El patrimonio, como emblema, es también la materia con la que se están tejiendo actualmente las nuevas redes de relaciones políticas entre los pueblos autóctonos y las sociedades nacionales, entre las naciones y los bloques regionales, y los nuevos acuerdos éticos y políticos con los que se está construyendo la globalidad.

La construcción de un debate internacional

Empecemos por el principio, por el hecho de que fueron los científicos sociales latinoamericanos quienes más impulsaron la discusión sobre cultura y desarrollo desde los años setenta. Los estudios de las relaciones interétnicas de Gonzalo Aguirre Beltrán y Matos Mar, entre muchos otros; los debates sobre el “colonialismo interno” dentro del marco del modelo “histórico-estructural” y de la teoría de la dependencia; los estudios sociológicos sobre cultura nacional como los de Raul Bejar Navarro; la búsqueda de alternativas al modelo de desarrollo prevaleciente en aquella época, incorporando la discusión sobre cultura, pueblos indígenas y estados nacionales impulsada por Rodolfo Stavenhagen, Darcy Ribeiro, Guillermo Bonfil y tantos otros. Este debate amplio, animado y polivalente, ignorado en sus inicios, tuvo después grandes repercusiones al establecerse políticas pluriculturales en muchos países de la región. De estas discusiones se tomaron puntos y líneas para construir la nueva problemática internacional que de-

bería llenar el vacío dejado por el colapso de las ideologías de los sistemas socialistas realmente existentes.

En 1988, el Grupo de los 77, que originalmente respondía a las preocupaciones de los países del Tercer Mundo, con el apoyo de los países nórdicos y otros, apoyó el hecho de que Naciones Unidas estableciera el Decenio para la Cultura y el Desarrollo. En el seno de este Programa, conducido por la Unesco, se creó en 1992 la Comisión Mundial de Naciones Unidas para la Cultura y el Desarrollo. Tuve el honor de formar parte de esta Comisión pero, además, una vez designada como Subdirectora General para la Cultura de Unesco, de haber dirigido el secretariado para la redacción de su informe.

Para ello recorrimos todas las regiones del mundo, con una consulta inicial en San José de Costa Rica y posteriormente en París, Manila, Omán, Moscú, Tokio y Pretoria en Africa del Sur. De hecho, nuestra región estuvo altamente representada en la Comisión a través de su Presidente, Don Javier Pérez de Cuellar, y los comisionados Celso Furtado y Elizabeth Jelin. El informe *Nuestra Diversidad Creativa*, publicado en 1996, lo presentamos en el hemisferio, con Don Javier Pérez de Cuellar, en Canadá, Brasil, Chile, Perú, México, Argentina, Cuba y Estados Unidos; en la Unesco, ante la Asamblea General de Naciones Unidas y ante el Parlamento Latino en Sao Paulo, Brasil; asimismo, en el Foro de Ministros de Cultura en Cartagena, Colombia, en 1997.

No repetiré aquí los principios generales y lineamientos que se proponen en dicho informe. Quisiera, sin embargo, llevar más allá los argumentos de aquél en base a los acontecimientos y debates que se han ido acumulado desde su publicación. Me interesa sobre todo desarrollar la reflexión en torno a dos lineamientos principales.

La construcción de regiones culturales

Lo primero es que todo proceso de integración cultural regional (como lo afirmé también ante la Comisión de la Unión Europea y los miembros del Parlamento Europeo) es un proceso relacional en el sentido de que se tiene que construir simultáneamente hacia dentro y hacia afuera. Mirando hacia el exterior pueden percibirse las afinidades intra-regionales enmarcadas en las afinidades con ciertas regiones y, por encima de todas ellas, la ineludible afiliación a la humanidad.

Si vivimos ya en un mundo en el que percibimos día a día, de manera instantánea, a través de las telecomunicaciones y redes electrónicas, varios niveles de afinidades culturales, el análisis de la cultura necesariamente tendrá que pensarse en términos de articulación de identidades más que de definición unívoca de afiliaciones.

La filosofía política sobre la cultura que habría que desechar es aquella que considera prerrogativa exclusiva del Estado la definición y trazo de una “cultura

nacional”. En el mejor de los casos ello ocurría con base en un sincretismo que absorbía la diversidad de culturas al interior de la nación y, en el peor, mediante la imposición de una cultura sobre otras. Es evidente que la convergencia hacia una cultura nacional homogénea es natural en los “pueblos trasplantados”, como llamaba Darcy Ribeiro a algunos países de América Latina y el Caribe.

Mucho más compleja resulta la situación en países con alta población de pueblos indígenas o, como se les está empezando a llamar actualmente, “pueblos originarios”.

Sin entrar por el momento en este complicado debate, quisiera solamente anotar, tomando el ejemplo de México, que difiero de mi querido maestro Guillermo Bonfil, quien afirmó que lo único “real” en México, desde el punto de vista cultural, son las culturas indígenas, relegando a un “México imaginario” la prodigiosa creatividad del mestizaje de culturas de los últimos cinco siglos. Tal posición, llevada a sus extremos, hace brotar la inevitable reacción de un Sendero Luminoso que teorizaba con la “reindigenización” del Perú.

Del otro lado, resulta igualmente insostenible defender a ultranza una cultura hispánica que ya no se encuentra en su “pureza” en ningún país de América Latina y el Caribe. De hecho, qué extrañeza nos ha producido, a los latinoamericanos y caribeños, el que los propios “españoles” hoy nos expliquen que sus migrantes fueron en realidad andaluces, gallegos y castellanos, en su mayoría. Se reconoce, además, el gran aporte de las migraciones de otros europeos, italianos, ingleses, alemanes, etc., a las culturas de nuestra región.

Tanta diversidad, ¿no amenaza con escindir voluntades y medios para fortalecer a los países de la región? Es la pregunta que, en diversas formulaciones, me dirigen funcionarios y estudiosos ante el pronunciamiento reiterado de la Unesco de proteger la diversidad cultural.

Respondía señalando que tampoco es suficiente, como política cultural, afirmar que la nación es multicultural. Porque, a pesar de las predicciones, los estados-nación no desaparecerán por las presiones de la globalización. Es por esto un tanto prematuro afirmar que van a desdibujarse las culturas nacionales. Cinco siglos de convivencia son más que suficientes para crear hábitos de pensamiento, formas de reacción hacia otras culturas y naciones, costumbres compartidas y todo ese lenguaje invisible, hecho de acento, gesto y emoción, que sólo surge en nuestra conciencia cuando nos comparamos con personas de otra cultura.

Ahora bien, también es un hecho el que parte de la afectividad que hasta ahora se había depositado en esa identidad nacional está ampliándose para abarcar regiones culturales de mayor tamaño. Por ejemplo, hacia las colonias de migrantes hispánicos en Estados Unidos y hacia la región latinoamericana y del Caribe. Asimismo, parte de esa afectividad está volviendo hacia micro-identidades basadas en filiación étnica y territorial, así como religiosas, políticas y de movimientos

sociales importantes tales como el feminismo –movimientos analizados magistralmente por Manuel Castels en su libro reciente *El Poder de la Identidad*.

La imagen decimonónica, por tanto, de culturas nacionales, imaginadas como archipiélagos de entidades aisladas, ya no es vigente. Hay que desechar la metáfora que nos legó la antropología, que tuvo su razón de ser intelectual y política en el siglo pasado, que describe al mundo como un “mosaico de culturas”. Esta horizontalidad y yuxtaposición no corresponde ya a un mundo de telecomunicaciones instantáneas, de migraciones y de transición cultural.

La imagen de hoy tendría que ser la de un árbol, como esas magníficas ceibas de nuestras selvas, enraizadas en culturas locales que dan el nutrimento para que crezcan el tronco y las ramas de culturas cada vez más amplias a distintas alturas y que reciben a su vez la savia hecha de sol para poder seguir creando. La copa de ese árbol es la que se ve desde el espacio (ese espacio, dicho sea de paso, desde el cual tomaron una foto y nos demostraron que pertenecemos a una sola, única y vulnerable humanidad planetaria).

Por ello mismo, no puede pensarse que una integración regional sea posible desatendiendo los demás niveles de re-integración cultural. Por ejemplo, las demandas indígenas, la reivindicación de formas culturales afroamericanas, las nuevas culturas urbanas que están inventando los jóvenes y la efervescencia creativa de culturas en las fronteras como, por ejemplo, la de México-Estados Unidos. Los temas culturales en el Tratado de Libre Comercio en Norteamérica, en el Mercomun y en los demás bloques regionales adquieren, por tanto, cada vez más relevancia.

Ami juicio, estas reintegraciones culturales se convertirán en polos de creación cultural, sumamente ricos y con gran proyección hacia el futuro. Así, apuesto más a los movimientos territorializados de barrio en los centros históricos que propiciarán intercambios de artistas, músicos y artesanos entre las ciudades latinoamericanas, que a sostener formas artificiales de defensa de hábitos culturales que ya no atraen al público; apuesto con entusiasmo a los CD-Rom con magníficas fotografías y textos del patrimonio cultural latinoamericano que puedan circular también en otras regiones.

La integración cultural latinoamericana, a mi modo de ver, pasa más por la promoción de la creatividad a partir de la diversidad de culturas que por recapturar un pasado tradicional. Sin embargo, para entender la creación cultural actual hacen falta datos sobre lo que está haciendo la gente. En lo que sigue se describen los grandes trazos del perfil cultural de América Latina y el Caribe en base a los indicadores culturales que pudimos reunir en el primer *Informe Mundial de Cultura* de la Unesco.

El perfil cultural de América Latina y el Caribe

Fortalecer el “espacio cultural latinoamericano”, como lo han llamado varios investigadores, entre ellos Néstor García Canclini, hace necesario crear el mapa

cultural de la región para conocimiento de los propios latinoamericanos pero, al mismo tiempo, situándolo hacia afuera, en el escenario global en comparación con otras regiones. Esto es lo que ahora hacen posible los indicadores culturales creados en los cuadros que presenta el *Informe*.

La primera constatación, que ya conocíamos, es la falta de datos primarios sobre actividades culturales en la región. Encontramos algunos datos sobre edición de libros, bibliotecas, usuarios, y otros indicadores. Estos muestran que América Latina cuenta con una producción de periódicos y libros similar a las demás regiones en desarrollo (*Informe Mundial de Cultura*, 2000: 360). No hay, sin embargo, datos suficientes sobre el número de películas producidas o importadas y sobre asistencia a cines. En cambio, los datos sobre música son muy significativos. A pesar de la innegable creatividad regional en este rubro, los datos indican que el valor de venta de productos musicales en la región es de U\$S 6 per capita comparado con U\$S 7,6 en Asia del Sur y Centro y U\$S 5,3 en Asia del Este; pero compárese con U\$S 45,9 en Norteamérica y U\$S 21,3 per capita en Europa (*Ibid.*).

En cuanto a las artes escénicas, al igual que la mayoría de los países del mundo, la región no cuenta con estadísticas viables. Ello es una gran laguna ya que, tal y como se constata en otros países en desarrollo, el teatro popular y de calle es muy frecuente y, sin embargo, no se cuenta, ni siquiera, con los criterios de recolección y clasificación que permitieran captarlo.

Después de Europa, es la región que tiene mayor número de sitios en la “Lista de Patrimonio de la Humanidad”: 66, con otros 85 sitios en la lista de espera. De aquellos que se encuentran en peligro en la región hay 3 definidos por el Comité de Patrimonio Mundial y 13 por el Fondo Mundial de Monumentos (*Informe Mundial de Cultura*, 2000:378).

A pesar de esta aridez de datos, mal que mal pueden perfilarse ciertas tendencias. Es interesante notar que descendió la lectura de periódicos en la región entre 1980 y 1994, al igual que en Norteamérica y en Asia del Este probablemente por las nuevas tecnologías y, por razones distintas, en Africa. Sin embargo, en nuestra región este descenso está asociado a un aumento casi nulo en la utilización de papel para usos culturales (0,5%), comparado con Asia del Este en donde se incremento a 10,6% (*Informe Mundial de Cultura*, 2000: 360).

Ha aumentado en la región el número de radios y televisores a un ritmo de 3,5% anual entre 1980 y 1995, manteniéndose una proporción equivalente de alrededor de 2 radios por cada televisión (al igual que en Norteamérica y en Europa), mientras que en todas las demás regiones del mundo bajó a la mitad el número de radios en relación con los televisores. Sobre cine, no existen ni siquiera los datos mínimos que permitan ver las tendencias a largo plazo (*Informe Mundial de Cultura*, 2000: 367).

El rubro importante de comercio en bienes culturales mostró una tendencia a aumentar de 15,7% en 1980 a 24,4% en 1991, con cifras correspondientes que van

desde \$ 2.780 millones a \$ 4.900 millones. Sin embargo, este incremento es muy bajo comparado con el de Asia del Este, donde se triplicó de \$ 16.830 a \$ 46.270 millones, y el de Asia del Sur y Oceanía, que se sextuplicó de \$ 3.780 a \$ 18.940 millones (Informe Mundial de Cultura, 2000: 382). ¿Cómo puede explicarse esto en la región latinoamericana y caribeña con su profusión de culturas indígenas y mestizas, y con la efervescencia musical y artesanal?

En cuanto a las políticas culturales de cooperación internacional, nuestra región se encuentra por encima de otras regiones en cuanto a adhesión a las convenciones internacionales de *Protección del Patrimonio Cultural y Natural de la Humanidad*, y a la *Convención contra la importación, exportación y transferencia de propiedades culturales*. De los países de la región, en cuanto a la Convención sobre Patrimonio, sólo Trinidad no la ha ratificado; y en relación a la segunda no la han ratificado Chile, Haití, Jamaica, Paraguay, Trinidad y Venezuela. Muchos más países no han ratificado todavía la *Convención de protección del patrimonio cultural en situaciones de guerra* (Informe Mundial de Cultura, 2000: 440).

Vale mencionar asimismo un hecho destacado. A comparación de otras regiones en desarrollo, la nuestra es la que ha firmado el mayor número de convenciones de protección de derechos económicos, sociales y culturales, de derechos civiles y políticos, de derechos del niño, de eliminación de todas las formas de discriminación racial y, de manera especial, de discriminación contra las mujeres; sobre el status de los refugiados y contra el genocidio y la tortura (Ibid.). Se reitera lo que ya sabíamos, esto es, que la región se caracteriza por un discurso de la igualdad y la hermandad con legislaciones que lo afirman y que, sin embargo, no se aplican en la medida en que sería posible hacerlo.

Salta a la vista, en razón de los datos anteriores, que la primera línea de acción para propiciar un acercamiento cultural en la región es la urgencia por *incrementar la información cultural disponible* para poder armonizar políticas culturales en el nuevo contexto que ofrecen las telecomunicaciones, la interdependencia económica y las nuevas tecnologías.

Las siguientes tareas resultan imprescindibles:

1. Hacer comparables los conceptos y categorías de los datos estadísticos culturales entre los países. Este tiene que ser un ejercicio urgente tanto a nivel regional como mundial. Por ello la Unesco ha emprendido una nueva iniciativa en este sentido, con el apoyo de dos países pioneros en este campo, Australia y Canadá. Además de la recolección de datos válidos, la finalidad sería lograr que los países empezaran a delimitar una cuenta nacional de actividades culturales.
2. Integrar a los censos nacionales la recolección de datos seleccionados sobre patrimonio y sobre actividades culturales, estas últimas registradas también como sector económico y otorgando atención a la desagregación por sexo-género.

3. Promover la recolección de datos empíricos en los servicios sectoriales de gobierno en todos los campos que se vinculan con la cultura, por ejemplo, importación y exportación de bienes culturales, educación artística, teatro y cine, y así sucesivamente en otros rubros.

Libertad para crear

Los datos anteriores, a nivel regional, proporcionan una base mínima de conocimiento sobre las tendencias de la cultura en nuestros países pero sirven apenas para *describir* en una era en la que lo que se necesita es *crear*. Aclaremos que esa *libertad de creación* es la savia que recorre las culturas americanas, por una parte, porque los pueblos amerindios han sido creadores autónomos en la historia y, por otra, porque todos los migrantes que vinieron a estas tierras –incluyendo a los africanos que llegaron como esclavos y que lucharon por su liberación– buscaban precisamente esa libertad para crear. Resulta interesante destacar que esa creación, en la región, se ha enfocado más a la producción de lo que los antropólogos llamamos *cultura expresiva*. Es decir, sobre todo, la música, el baile, la tradición oral y el teatro popular. Ello en contraste con los países europeos y noratlánticos, abocados más a la producción de *bienes culturales*, es decir, de objetos culturales tales como pintura, escultura y otros.

La producción musical de América Latina y el Caribe es fruto, sobre todo, de la creatividad local. En los barrios urbanos –el tango en Buenos Aires o los balle-natos de Cartagena en Colombia–, en los pueblos indígenas –la música andina– o en las fronteras agrícolas –la capoeira brasileña. Tiene un circuito de difusión y mercado micro-regionales que se amplían luego a lo nacional. Sin embargo, en el momento en que se amplía su difusión al mercado internacional son exclusivamente compañías extranjeras las que los comercializan. Son estas compañías las que saben empaquetar, presentar y hacer atractivas en mercados de otros países las expresiones culturales de nuestros países. Los ejemplos abundan, sobre todo, en la música: desde la pieza del “Cóndor Pasa” hasta la Lambada. Este sería uno de los campos en el que los estudios culturales pueden ayudar a las organizaciones y microempresas locales a colocarse directamente en los mercados nacionales e internacionales. Hoy en día pueden apoyarse en las posibilidades comerciales que ofrece Internet.

A este respecto inquieta que la región no se esté incorporando con la celeridad necesaria al comercio informático. Para dar un ejemplo preciso, preocupa, en el largo plazo, el nuevo fenómeno de las ventas de música en línea por Internet, que puede dejar atrás a América Latina y el Caribe. Se calcula que las ventas por este rubro, de alrededor de 110 millones de dólares en 1998, aumentarán en forma meteórica a 1.640 millones de dólares en el año 2002 (The Economist, 1998: 90). Recalcando lo que decíamos en el párrafo anterior, la producción local del

Mercosur o de otras zonas de libre comercio en la región quedará al margen de este desarrollo si no se hace un esfuerzo notable por incorporar la producción, difusión y venta de bienes culturales de países latinoamericanos y caribeños en Internet. Algunos países que ya cuentan con el potencial cibernético, como Brasil y México, podrían ser pioneros en programas de este tipo.

La importancia de este tipo de proyectos radica en que se lograrían varios objetivos a la vez: se propiciaría que los propios grupos locales tuvieran una fuente de ingresos propia que les permitiría continuar desarrollando su expresión cultural, que fueran adquiriendo las nuevas capacitaciones de manejo de mercado y nuevas tecnologías, y que lograran ampliar la gama de sus contactos con otros países. Esto es lo que se ha planteado, por ejemplo, como política cultural del Mercosur. Iniciativas como ésta darían una base permanente de desarrollo de las industrias culturales, en manos de los creadores y mediante una integración independiente al mercado.

En este mismo campo vale mencionar la importancia de tomar en cuenta, en todo proyecto para Internet o multimedia, el potencial para la difusión y educación cultural con respecto al patrimonio cultural. “Hasta ahora las redes (electrónicas) no han respondido suficientemente a las oportunidades que ofrecen las posibilidades técnicas de vincular los modos de expresión que fortalecen las identidades con la muy rica y variada expresión cultural en toda su complejidad” (Vinson, 1998: 243). Ofrece varios ejemplos en este sentido, como el de señalar que, al sitio Web que difunde la música de Cesaria Evora, la cantante de Cabo Verde, podría establecerse un vínculo de hipertexto hacia sitios Web que presentaran toda la historia y el patrimonio cultural de ese país.

Sobre el tema de cultura y cibernética, lo que interesa es que, en la era de la información, la reconstrucción de los significados del patrimonio cultural se hará a través de la convergencia tecnológica de los sistemas televisivo, telefónico y de cómputo, lo que permitirá a cada ciudadano y a cada comunidad ver, alterar, comprender y combinar ese patrimonio de maneras que aún no podemos imaginar. Hay que estar conscientes, como lo señala Enrique Iglesias, de que “la revolución tecnológica mundial continuamente genera nuevas ventajas competitivas y destruye las anteriores” (Iglesias, 1998: 3). En particular en el campo que nos ocupa, es en las industrias culturales y en los procesos de comunicación masiva donde se van a desenvolver las principales actividades culturales (García Canclini, 1998: 4-5).

Quisiera terminar esta sección con un pequeño dato curioso pero significativo. Al parecer, los latinoamericanos tenemos una ventaja comparativa para imaginar. Al comparar los valores que idealmente se deben inculcar a los niños, una encuesta de opinión del *Informe Mundial de Cultura* mostró que América Latina y el Caribe es la región en que se otorga mayor importancia en comparación con otras, ¡a desarrollar su imaginación (*Informe Mundial de Cultura*, op. cit.)!

La construcción de espacios pluriculturales

En comparación con los gigantescos avances tecnológicos y científicos o con la creación de nuevas emociones y conceptos en las artes, nuestra imaginación social y política ha mostrado una gran inercia. Seguimos funcionando con las mismas instituciones de hace varios siglos, tales como los partidos políticos o la dicotomía entre lo público o lo privado. Seguimos utilizando viejos procedimientos de gobierno y decisión aun sabiendo que hoy en día los gobiernos nacionales parecen ser demasiado pequeños para los grandes asuntos y demasiado grandes para los pequeños.

No obstante, la búsqueda de nuevos lazos cívicos que permitan convivir a diferentes grupos de gentes es un hecho que hemos constatado en todas las regiones del mundo. En Asia, el debate sobre valores asiáticos influye en las formas de cooperación y autoridad de gobiernos nacionales. En Europa, resurge el debate sobre las nociones de confianza y civismo como base de la gobernabilidad democrática. En América Latina numerosos intelectuales, académicos, activistas, representantes de organismos interregionales, etc., están subrayando la importancia de valores cívicos y culturales para sostener la democracia. Esta tarea de reinventar el papel del Estado y de la sociedad civil, transformar las instituciones, crear consensos y coordinar a los diversos actores participantes en la mediación cultural, tiene al menos dos aspectos diferenciados:

1. El primero de ellos trata la necesidad de crear nuevas legislaciones, instituciones y mecanismos de organización de la vida pública nacional vinculados al *pluralismo cultural*; en el caso americano, a las formas peculiares de multiétnicidad y multiculturalismo del continente.
2. El segundo se refiere a las cuestiones de gobernabilidad y a fórmulas tales como delegación, descentralización o *empoderamiento*.

El pluralismo cultural

Quizá con la excepción de los países árabes no existe otra área en la que un número tan grande de Estados comparta un mismo idioma, una historia, y cinco siglos de posición más o menos homogénea con respecto a las metrópolis. Sin embargo, no sólo existen múltiples identidades étnicas², sino varios modelos de multiculturalidad, surgidos de las formas modernas de segmentación y organización de la cultura.

Estos modelos de multiculturalidad abarcan desde formas de resistencia en enclaves aislados (ciertos grupos indígenas, población negra o de origen asiático) con casos extremos como el de Surinam, hasta formas híbridas de convivencia, pasando por formas polarizadas, caracterizadas por enfrentamientos violentos y periódicos. En este último caso tenemos procesos de larga duración, como los de Perú y Guatemala, o también la activación reciente de la polarización entre indígenas y sociedad nacional en Chiapas.

Si bien subsisten movimientos étnicos que se oponen a la occidentalización, amplios sectores se apropian de conocimientos y recursos tecnológicos modernos y combinan técnicas de producción tradicional con créditos internacionales y computadoras. La exigencia de una mayor autonomía y respeto a sus diferencias se ve acompañada de exigencias de acceso más igualitario a la educación, a los servicios de salud y a las comunicaciones masivas³.

Una mirada minuciosa a las interacciones de mayorías y minorías muestra que los países latinoamericanos son sociedades híbridas, donde se cruzan permanentemente formas distintas de disputar y negociar el sentido de modernidad y tradición.

La propuesta de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo en relación a la gobernabilidad y pluralismo cultural es clara, y cito literalmente de *Nuestra diversidad creativa*:

“La mejor manera de dar espacio a la diversidad étnica es crear un sentido de nación como comunidad cívica, arraigada en valores que puedan ser compartidos por todos los grupos étnicos de la sociedad nacional, y será tanto más fácil crear este sentido de pertenencia a una comunidad cívica si el concepto de “nación” se sustrae a toda connotación de exclusividad étnica” (Nuestra diversidad creativa: 78)

Ahí se imbrica la invitación de intelectuales latinoamericanos, por ejemplo, en *Esa Esquiva Modernidad*, de Fernando Calderón, Martin Hopenhayn y Ernesto Ottone, quienes proponen repensar la noción de ciudadanía a partir de la coexistencia de identidades étnico-culturales.

Ahora bien: ¿cómo capitalizar la experiencia que tiene la región en la historia de cruce intercultural para convertirla en una ventaja competitiva en el nuevo concierto de un mundo interconectado y globalizado?

Los caminos sugeridos en esta tarea son, por ejemplo, dar espacio a los movimientos sociales, grupos artísticos, radios y televisiones independientes, sindicatos, grupos étnicos, asociaciones de consumidores, etc., en el convencimiento de que únicamente la multiplicación de actores puede favorecer el desarrollo cultural democrático y la representación de múltiples identidades.

El nuevo papel de los Estados y de los organismos internacionales consistiría pues en reconstruir el espacio público, entendido como lo colectivo multicultural en el que los diversos agentes culturales (los propios Estados, las empresas y los grupos independientes) negocian acuerdos que desarrollan los intereses públicos y la convivencia pluricultural (García Canclini, 1994 y 1995).

El desarrollo de medidas que promuevan el acceso a la comunicación y a la expresión de opiniones es una condición clave para desarrollar formas democráticas de ciudadanía, es decir, vinculadas a la circulación de información internacional y con capacidad de intervenir significativamente en los procesos de integración global y regional.

Gobernabilidad y cultura

El segundo aspecto al que antes hacía mención es el de las cuestiones de gobernabilidad y a fórmulas tales como delegación, descentralización o *empoderamiento*.

La historia política del siglo XX en América Latina combina el predominio de la violencia política y la idea de la democracia. El balance hasta fechas muy recientes es el de una ciudadanía incompleta y avasallada, tanto en México como en otros países de la región. En este contexto, el patrón de relaciones sociales marcado por la violencia y el exterminio persiste, contrarrestado por tendencias en otra dirección hacia la construcción de una cultura democrática y la valoración de la paz y la democracia como forma de vida, esto no sólo entre los políticos sino también entre otros actores sociales.

Cabe destacar al menos tres movimientos que, orientados a la transformación social y cultural más que a la toma del poder político, recrean lazos de solidaridad y confluyen en esta dirección: a) los movimientos de derechos humanos; b) los movimientos de solidaridad que hacen frente a la pobreza, el hambre y la supervivencia; c) los movimientos que reivindican la ética en la democracia y luchan por la transparencia en la política y la responsabilidad frente a los ciudadanos.

Estos tres tipos de movimientos expresan la naturaleza progresivamente densa de la ciudadanía extendida, que sin duda debe vincularse a los recientes procesos de institucionalización democrática y a la sensibilización de las mayorías hacia los valores de tolerancia, negociación política y la necesidad de consenso.

En este terreno, América Latina sirve de espejo y modelo para otras muchas partes del mundo, y los dolorosos tributos de tantas gentes en su lucha contra la violencia de regímenes autoritarios se prueban al menos útiles para capitalizar la “energía social” necesaria para desencadenar el cambio.

Como contrapunto a esta experiencia colectiva de valoración de la creatividad social y cultural se dibujan procesos de pérdida de integración nacional y un tremendo crecimiento de la violencia en la sociedad. Por ejemplo, en Brasil nos encontramos en los noventa con una realidad de baja violencia política y una altísima violencia social que termina legitimando el uso indiscriminado de la fuerza por parte de la policía, con fenómenos asociados como el de los niños de la calle.

Así, y pese a los avances en el establecimiento de sistemas políticos pluralistas y en el gradual arraigo de una cultura democrática sumada a los esfuerzos en reorientar las estrategias de desarrollo, mejorar la gestión macroeconómica y conseguir cierto crecimiento económico, la incidencia de la pobreza ha tendido a aumentar, como también lo ha hecho la desigualdad en la distribución del ingreso.

Como en otras partes del mundo, la percepción de que la mayoría vive peor mientras que una minoría vive mejor agrava el desfase entre expectativas y realidades, debilitando las estructuras de las frágiles democracias y atizando las formas

violentas de resistencia, desde la guerrilla hasta la delincuencia y el narcotráfico. Esta situación no se ha revertido durante los años y hemos entrado al nuevo siglo cargados de desigualdad, marginación, exclusión, pobreza y extrema pobreza.

Mayorías y minorías, indígenas y mestizos, todos emigran, sufren el desarraigo y se enfrentan para acceder a tierras y a espacios políticos. Los conflictos se agudizan en muchas fronteras nacionales y en las grandes ciudades del continente. Nunca ha sido tan necesario como ahora elaborar políticas que fomenten la convivencia democrática interétnica. En algunos países, ciertos grupos están regresando a culturas localistas y a fundamentalismos religiosos, mientras que otros exigen por la violencia las promesas incumplidas del desarrollo. En el caso de Perú y Colombia, el deterioro de las condiciones de vida es uno de los principales soportes de los movimientos guerrilleros y de las alianzas entre luchas campesinas y narcotraficantes. Como ya se mencionó, el fundamentalismo de movimientos paraétnicos como Sendero Luminoso exaspera las dificultades de cualquier proyecto de convivencia.

No hay que dejar de lado, sin embargo, la violencia intracultural, es decir, los enfrentamientos al interior de los grupos indígenas, ya sea por territorio o por desigualdad de riqueza. Así, en algunas zonas del estado de Oaxaca, en México, el gobierno federal ha tenido que intervenir para mantener la paz entre las comunidades indígenas, por ejemplo entre comunidades zapotecas. Pero también al interior de las comunidades, como ocurrió en marzo de 2000 en Yalalag, comunidad de la Sierra de Juárez en Oaxaca.

Con el fin de lidiar con estas situaciones, manejar la diferencia y fortalecer la gobernabilidad, el *Informe Mundial de Cultura* que publica la Unesco propone fórmulas como la descentralización, el *empoderamiento* o la extensión de derechos ciudadanos para incorporar sectores excluidos de la esfera política y del intercambio de posiciones para garantizar mayor gobernabilidad y continuidad institucional.

La *descentralización* se plantea como un enfoque privilegiado para resolver los problemas de representación y responsabilidad pública. Bien sea administrativo o político, el objetivo es restituir cuotas de poder de arriba hacia abajo. A diferencia de sistemas de representación proporcional o de autonomía étnica o cultural, se organiza territorialmente. En principio la cercanía a los ciudadanos permite que las acciones de gobierno reflejen sus inquietudes. En la práctica, los resultados de formas de descentralización son enormemente variables, una vez más en función de la naturaleza de las instituciones y de la ciudadanía.

En muchos casos, la versión latinoamericana de la descentralización ha sido la privatización. La lógica de reducción del Estado para evitar riesgos centralistas, clientelismo y corrupción, nos ha llevado como resultado a una década de privatizaciones. Sin embargo, todavía queda por ver que las empresas privadas hagan funcionar mejor las líneas aéreas (véase Aerolíneas Argentinas o Ladeco) y

los teléfonos (véase Teléfonos de México) o hagan mejor televisión. Y los medios de comunicación nos han informado ya ampliamente de la corrupción que se ejerció en las privatizaciones en México a principios de los noventa.

Finalmente, el concepto de *empoderamiento* debe entenderse como la capacidad que resulta de ejercer mayores opciones participando directamente en la toma de decisiones o influyendo sobre aquellos que tienen el poder para decidir. En particular, este concepto se aplica a la equidad de las relaciones entre hombres y mujeres. Han sido las mujeres las que han impulsado de manera importante los avances en la lucha contra la corrupción, a favor de políticas sociales y de la reivindicación de la participación indígena. Las mujeres, cuya participación en la esfera pública ha hecho eclosión en América Latina en décadas recientes, al grado de que varias han ocupado y ocupan actualmente la presidencia en sus países, son un factor clave para continuar con la búsqueda de la equidad social, cultural y política en nuestros países.

En cuanto al vínculo entre democracia, cultura y *empoderamiento* en las políticas públicas, la clave está en estar informado, hacerse oír y acceder al poder. Por definición el *empoderamiento* requiere participar o influir en el poder. Esto tiene una dimensión estatal y otra social. Desde la primera, la cuestión radica en si las instituciones públicas están concebidas para procesar las necesidades y los intereses diversos de la sociedad en cuestión. Desde la segunda, el problema es tener acceso a la información así como canales de expresión y representación. No existe, sin embargo, una fórmula institucional que permita estos resultados. Como he comentado anteriormente, sólo la multiplicación de actores en el espacio público, entendido como lo colectivo pluricultural, puede favorecer la representación y expresión de múltiples identidades y, por tanto, hacer posible la gobernabilidad.

Los estudios culturales

En la medida en que la cultura se encuentra ya colocada en el centro de las preocupaciones internacionales y nacionales, se requiere de un gran número de estudios que aborden los puntos más conflictivos de esta problemática así como los nuevos fenómenos culturales. América Latina cuenta con una larga tradición de estudios culturales provenientes, sobre todo, de la antropología, la sociología y los estudios de folklore. Desde hace algunos años, dichos estudios disciplinares se han visto rebasados por realidades culturales que toman formas que tocan la gobernabilidad, la economía y otros dominios.

Resulta ya una verdad de perogrullo afirmar que los estudios contemporáneos sobre la cultura tienen que ser multidisciplinarios. Y que están surgiendo, además, lo que Néstor García Canclini llama “campos híbridos” en este tipo de estudios. A mi juicio, lo mejor es dejar correr las investigaciones para que vayan

perfilándose nuevos caminos intelectuales más acordes con los fenómenos culturales que observamos hoy en día.

En particular, la corriente de “estudios culturales” –*cultural studies*–, creada en la universidad de Birmingham por Stuart Hall y sus colaboradores, logra abordar la nueva problemática actual de la creación cultural e identidad de grupos multiculturales en contextos urbanos. Como tal, este tipo de estudios son bienvenidos en América Latina y el Caribe.

Sin embargo, dichos estudios parten de una perspectiva que define a la cultura como “un sitio de confrontación” –*contestation* en inglés. Para hablar de confrontación, esta perspectiva tiene que partir de una premisa que afirme que existe “un” grupo con formas de comportamiento cultural claramente diferenciadas de “otros” grupos que lo rodean. Sólo así podría haber confrontación. A mi juicio, como lo señalé antes, la idea de culturas que se corresponden nítidamente con grupos sociales tiene que ser desechada. Adicionalmente, hablar de confrontación como la dinámica central de dichas relaciones culturales significa que las dos “culturas” que se oponen son mutuamente excluyentes, se repelen. Me parece que esto tampoco es el caso en la mayoría de las situaciones pluriculturales urbanas en nuestra región, e incluso en Europa, para el caso. Pensaría yo, al contrario, que hay “momentos de confrontación” en que se confrontan algunas expresiones culturales, que después se resuelven, ya sea por la asimilación de una actuación cultural en la del otro grupo, ya sea por sincretismo para crear nuevas actuaciones.

Por tanto, me parece que debemos tomar los lineamientos temáticos de los estudios culturales porque son muy novedosos pero dejándolos abiertos en términos de qué es lo que sucede en la relación entre dos o más grupos. Puede haber confrontación pero también imitación, intercambio, rechazo o sincretismo.

Para terminar diría yo que estamos en el movimiento ascendente de una ola de interés y preocupación por la cultura. Nos incumbe renovar e innovar en los métodos de estudio para abordar esta nueva realidad. Y urge hacerlo antes de que las fracturas de la inequidad económica, la exclusión política o la marginación de grupos indígenas se vean reflejadas en movimientos y acciones culturales que ahonden las diferencias, y procurar en cambio que puedan propiciar la colaboración a partir de las diferencias.

Bibliografía

Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo. Pérez de Cuellar et al. 1997 (1996) *Nuestra diversidad creativa*. (México: Fondo de Cultura económica).

Fernando Henrique Cardoso, Discurso en la Unesco, abril de 1998.

Fuentes, Carlos. 1997. Introducción a documento del Programa de Cultura de la Unesco. Paris: Unesco.

García Canclini, Néstor 1994 *The Future of Multicultural Societies*, trabajo preparado para la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo.

García Canclini, Néstor 1995 *Las industrias culturales*, trabajo preparado para la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo.

García Canclini, Néstor 1998 “Políticas Culturales: de las identidades nacionales al espacio latinoamericano”. Ponencia presentada en el *Seminario Integración económica e industrias culturales en América Latina y el Caribe* (Buenos Aires: SELA, Unesco, Convenio Andrés Bello, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires) 30 y 31 de Julio, 4-5.

Iglesias, Enrique. 1997. Discurso de inauguración de reunión sobre cultura en la Unesco.

Jelin, Elizabeth. 1994. “The Politics of Memory. The Human Rights Movement and the Construction of Democracy in Argentina”, en *Latin American Perspectives*, Chicago, Issue 81, Vol 21.

The Economist 1998 *The World in 1998* (Inglaterra) 90.

Unesco. 2000. *Informe Mundial de Cultura* (Madrid: Fundacion Santa María).

Vinson, I. 1998 “Patrimonio y Cibercultura: ¿qué contenidos culturales para qué cibercultura?”, en *Informe Mundial de Cultura*. Madrid, 2000: 243.

Notas

1 Pensemos por ejemplo en el proceso de construcción de la democracia en Argentina donde la racionalidad política exige formas paradójicas de memoria y olvido. Ver Jelin, 1994.

2 La importancia de la multiétnicidad se hace especialmente visible en las rebeliones y movilizaciones indias. Sin embargo, los 30 millones de indígenas que viven en América Latina constituyen una llamada cotidiana a la diferencia. Estos grupos hablan lenguas, viven en territorios y tienen hábitos de trabajo y consumo diferenciados. Son 10 millones de quechuas, unos 2,5 millones de aymaras, unos 700.000 mapuches, y 10 millones de nahuas, mayas, y otros grupos en México, quichés en Guatemala y así pueden citarse innumerables grupos indígenas a lo largo de la región.

3 Así, el neozapatismo exige que se enseñe en las escuelas en lengua indígena, se administre justicia según la costumbre, que se doten las tierras con maquinaria, fertilizantes y semillas, se construyan hospitales dotados con médicos especializados, se haga tendido de electricidad y teléfono, y se establezcan estaciones de radio indígena.